COLOR LOCAL (1)

POR

TRUMAN CAPOTE

NUEVA YORK

Es un mito la ciudad. Los cuartos y las ventanas, las calles que escupen vapor, para cada uno, para todos, componen un mito diverso, un mito de cabeza de ídolo con ojos de semáforo, que guiñan verde tierno, rojo cínico. A esta isla, que emerge sobre el agua del río como un iceberg *de diamantes, llamadla Nueva York, llamadla como os parezca; el nombre no tiene importancia cuando, viniendo de otras graves realidades, anda uno solamente en busca de una ciudad, de un lugar donde esconderse, donde perderse o encontrarse, donde echar un sueño en el que se tenga la prueba de que quizá, después de todo, no somos feos estorbos, sino seres maravillosos, colectivamente dignos de amor. Esto pensaba, sentado a la entrada de la ciudad, mientras transbordaban el Ford.*

La semana pasada vi dos veces a la Garbo. La primera fué en el teatro, donde se sentaba en una butaca próxima a la mía, y la segunda en una tienda de antigüedades de la Tercera Avenida. A los doce años, una serie lamentable de incidentes diversos me hicieron caer en cama por largo tiempo, que empleé, en su mayor parte, escribiendo una comedia. Debía ser interpretada por "la mujer más bella del mundo", según definí a la señorita Garbo en la carta que le envié más tarde, adjunta al mamotreto. Pero ni comedia ni carta recibirían nunca una sombra de respuesta, y entonces, y durante mucho tiempo después, sufrí por ello un desesperado rencor, que no se disipó nunca, hasta la otra noche, cuando, con el corazón en tumulto, reconocí a la mujer en la butaca próxima. Fué una sorpresa encontrarla tan pequeña, tan rica de color; como observa Loren McIver, con semejantes líneas no podía esperarse mucho también del color.

Si alguien pregunta ahora: "¿Creéis que sea inteligente?", la pregunta me parecerá fuera de lugar. ¿Qué importa, al fin y al

(1) Tres capítulos del libro *Local Color*, de Truman Capote.

cabo, que sea inteligente o no? Ya es bastante que ese gesto humano pueda existir, y también que la Garbo misma deba dolerse de la trágica responsabilidad de poseerlo. No creo que sea una pose *su deseo de soledad; es, más bien, una actitud natural. Creo que solamente en* él, todavía *no se sienta sola; si se camina por un camino propio, realmente personal, siempre se lleva en lo íntimo una cierta pena, y no se debe llorar en público.*

Ayer, en la tienda de antigüedades, la Garbo picoteaba aquí y allí, atenta a todo, sin interesarse realmente por nada, y por un loco instante pensé que podía dirigirle la palabra, que iba a hacerlo, sólo por sentir su voz natural, entendedme. Pero el momento pasó, a Dios gracias, y ella estaba ya fuera de la puerta. Fuí hasta el escaparate y la vi apresurarse calle abajo, en el azul del crepúsculo, con aquel paso suyo seguro y largo. En la esquina dudó; parecía incierta sobre la dirección a tomar. Se encendieron las bombillas, y un juego de reflejos creó improvisadamente en la calle arbolada un muro blanco y desnudo. El viento le azotaba la falda, y sola, la Garbo, siempre la mujer más bella del mundo, la Garbo, como un símbolo, se encaminó hacia él.

Hoy almuerzo con M. "¿Qué podría hacer por usted?" Dice que no tiene más dinero, y que si no vuelve a su casa, la familia rehusa terminantemente ayudarla. Pienso que es cruel, pero le he dicho que no veo otra solución. M. pertenece a la clase de personas más rápidamente, más irrevocablemente interpoladas de Nueva York, aquella categoría de personas de talento sin talento, demasiado inteligentes para adaptarse a un clima provinciano y no lo bastante como para respirar libre y desahogadamente en el clima único que tanto desean. Presas de la neurastenia, continúan vegetando al margen de la escena de Nueva York.

Sólo el éxito, su colmo peligroso, puede darles alivio. Pero para artistas sin un arte no hay siempre más que tensión sin distensión, irritación sin que aparezca la perla. Quizá lo consiguiesen si su urgencia de sobrevivir no fuera tan tremenda. Se sienten obligados a dar prueba de un algo, porque la clase media de América, de la que provengo en mayor grado, tiene palabras duras para sus hombres de pensamiento, para sus jóvenes de inteligencia experimental que no consiguen rápidamente demostrar el rendimiento económico de sus esfuerzos. Hay toda una civilización que entiende así la cosa: ¿es dinero contante el que los herederos encontrarán entre sus ruinas? ¿O será una estatua, una poesía, una comedia?...

Esto no significa que el mundo deba necesariamente mantener a M., o a quien sea, ¡ay de mí! En la situación en que ella se encuentra no puede escribir una poesía, o sea una buena poesía, a pesar de que hay mucho en ella: un equilibrio de valores procedente de una medida de la verdad superior a la normal, y de que merece un destino mejor que el de pasar, sin un período intermedio, sin revelar nada, de una adolescencia retrasada a una prematura madurez.

Al fondo de mi calle está la tienda de reparaciones de radio de un viejo italiano, Joe Vitale. Sobre su fachada apareció, a principios de verano, un extraño letrero: "El Negro Wido". Y en caracteres más pequeños: "¡Ojo a este escaparate si queréis noticias del Negro Wido!" Todo nuestro vecindario esperó interesado. Pocos días después, dos fotos amarillentas vinieron a unirse a lo expuesto; hechas veinte años antes, mostraban al señor Vitale bajo el aspecto de un hombre musculoso, con un traje negro de baño hasta las rodillas, un gorro negro de nadador y una máscara submarina. Las letras tecleadas a máquina bajo la fotografía explicaban que Joe Vitale, al que todos nosotros conocíamos solamente como al radiotécnico de las espaldas curvas y los ojos tristes, había sido una vez, en situación más prominente, campeón de natación y baño en la playa de Rockaway.

Pendientes ya del escaparate, la semana siguiente fuimos ampliamente recompensados. El señor Vitale anunciaba con audacia que "El Negro Wido" estaba a punto de reemprender su carrera. Una poesía en el cristal, titulada El sueño de Joe Vitale, *contaba cómo había soñado oponer de nuevo el pecho a las olas y conquistar el mar. Al día siguiente apareció un último aviso, una invitación entera y verdadera, donde se decía que sería muy agradecida nuestra presencia en Rockaway para el próximo 20 de agosto, día en que Joe estaba dispuesto a nadar desde aquella playa a la de Jones, un hermoso tirón de mar. En los días de verano que siguieron, el señor Vitale permaneció fuera de su tienda, sentado en una butaquilla plegable, para observar las reacciones de los transeúntes a sus diversas declaraciones al respecto. Permaneció sentado allí, absorto y distante, sonriendo gentilmente cuando los vecinos se detenían a desearle buena suerte.*

Un muchachito sabelotodo le preguntó que por qué había dejado la última letra de widow, *y él le contestó muy cortésmente que* widow (2), *con una* w *al final, vale sólo para las señoras.*

---

(2) *Widow*, viuda.

Durante algún tiempo no ocurrió nada más. Después, una mañana, el mundo se despertó riéndose del sueño de Joe Vitale. Su historia estaba en todos los periódicos. Las revistas populares habían publicado en primera página su foto, y eran fotografías ciertamente dolorosas, porque lo mostraban no en un momento de triunfo, sino de angustia, en pie sobre la playa de Rockaway, entre dos policías. He aquí la versión que casi todos los periódicos dieron de los hechos: había un viejo tontiloco, embadurnado de grasa, que entró corriendo al agua en Rockaway. Cuando los bañeros vieron que nadaba demasiado lejos, habían saltado a su lancha y lo habían vuelto a tierra. Pero era tan risible este cómico viejo, que en el momento en que volvían la espalda se arrojaba otra vez al mar, y otra, y una vez más, y otra, y siempre los bañeros se habían tenido que poner a los remos, hasta que "El Negro Wido" había sido acarreado a la orilla como un tiburón medio muerto. Había vuelto para sentir no el canto de las sirenas, sino las imprecaciones, las burlas, las preguntas de la Policía.

Lo mejor sería ir donde Joe Vitale a decirle que lo sentimos muchísimo, que lo encontramos muy valiente; a decirle, en suma, todo cuanto le podamos decir; la muerte de un sueño no es menos triste que la verdadera muerte, y el desconsuelo de quienes lo han perdido es tan hondo como un luto. Pero la tienda de radio está cerrada. Cerrada para mucho tiempo. No hay huellas de Joe en ninguna parte. Y la poesía se ha escurrido de su puesto, ha caído. No se verá más.

Hilary me había dicho que fuera a tomar el té antes que llegasen los demás invitados. Aunque tenía un tremendo enfriamiento, había insistido en organizar personalmente la recepción. "Naturalmente, ¿por qué no?": hacer el papel de amo de casa era justamente su remedio. No importa en casa de quién estéis: si Hilary está presente, aquélla es su casa y ustedes sus huéspedes. Alguien piensa que se trata de una actitud demasiado invasora; pero los auténticos amos de las casas siempre quedan contentos, porque Hilary, con sus maneras excesivas y teatrales y con sus monólogos tonantes, da un tono efervescente, una especie de encanto, hasta a las reuniones más oscuras. Hilary quiere que todos sean presa de este encanto, que todos resulten personajes de fábula; en cierto modo, persuade a la gente más gris a revestirse como de un esplendor de leyenda, lo que explica en parte la ternura con que también hablan de él las personas de corazón no demasiado tierno.

Otro aspecto suyo, fascinante, es que Hilary es siempre el mismo; siempre os hará reír cuando tenéis una maldita gana de llorar, y siempre se tiene la curiosa sensación de que cuando os marchéis, él llorará por ustedes. Hilary, con un trozo de terciopelo extendido sobre las rodillas, un teléfono en una mano y un libro en la otra, es una radio, un carillón, otro teléfono y un gramófono, que suenan por los cuartos vecinos.

Cuando llegué para el té, se encontraba tendido así en la cama, desde donde pretendía dirigir su recepción. Las paredes del cuarto se hallaban tapizadas de fotografías. Fotos de casi todas las personas que había conocido: señoritas viejas o apenas presentadas en sociedad, el secretario de no sé quién, estrellas de cine, profesores universitarios, bailarinas, fenómenos de circo, pares del Westchester, hombres de negocios... Todos podían dejarlo a él tranquilamente, pero él no podía soportar la idea de perder a alguien o algo. Los libros se amontonan por todos los rincones, se acumulan sobre los estantes, mezclados a sus viejos textos del colegio; viejos programas de teatro, montones de conchitas marinas, discos rotos, flores secas, recuerdos de parques de atracciones, transforman al piso en un solar del país de las maravillas.

Vendrá quizá un día en el que no existan más Hilarys; a éste sería fácil aniquilarlo, y es posible que alguien lo haga. ¿Es verdad que el paso de la inocencia a la experiencia llega en el momento en que nos damos cuenta de que no todos nos quieren bien? Muchos lo aprenden demasiado pronto. Pero Hilary no lo sabe todavía, y espero que no llegue a saberlo nunca, pues me dolería que tuviese que comprender que está jugando solo, que ha vertido su amor sobre toda una multitud que no ha existido nunca.

Agosto. Aunque los periódicos de la mañana hubiesen dicho que haría sereno y templado, a mediodía era evidente que estaba ocurriendo algo excepcional, y los empleados, de vuelta de la comida, con la atónita expresión desesperada de los niños en castigo, empezaron a telefonear a la oficina meteorológica. A media tarde, mientras el calor se les pegaba, apretándose como una mano sobre la boca de la víctima de un asesino, la ciudad debatíase y se contorsionaba. Con su clamor sofocado, con su prisa obstaculizada, con sus ambiciones momentáneamente reclusas por el calor, Nueva York era igual que una fuente seca, un momento inútil, y el coma urbano no tardó en sobrevenir. Las neblineantes extensiones de sauces llorones del Parque Central eran igual que un campo de batalla donde hubiesen caído muchos; filas de acciden-

tados yacían descompuestamente a la sombra inmóvil, fúnebre, de los árboles, mientras los fotógrafos de prensa, obligados a documentarse sobre el desastre, se movían espectralmente entre ellos. De noche, el calor atroz abre el cráneo de la ciudad, poniendo al descubierto su cerebro blanco y sus centros nerviosos, que se fríen en sí mismos como los filamentos de una bombilla.

Hoy, como siempre, Selma se ha acordado de que era mi cumpleaños. Con el correo de la noche ha llegado su regalo de siempre: una moneda de diez centavos cuidadosamente envuelta en un trozo de papel higiénico. Por cuestión de fecha o de edad, Selma es mi más vieja amiga; hace ochenta y tres años que vive en la misma pequeña ciudad de Alabama. Se trata de una mujercilla encorvada, con la piel seca y oscura color ceniza, y los ojos enterrados y llorosos. Ha sido por espacio de cuarenta y siete años cocinera de la casa de mis tres tías, pero ahora que han muerto, Selma ha vuelto a casa de su hija, para estar "sentada-tranquila", como ella dice, y andar cómoda. El regalo último venía acompañado de una nota donde declaraba que me vería muy pronto, pues de un día para otro iba a tomar un autobús que la llevase a la Gran Ciudad. Esto nada quiere decir: Selma, realmente, no vendrá nunca, aunque amenaza con hacerlo desde tiempo inmemorial. Antes del primer verano que pasé en Nueva York, o sea, hace catorce años, acostumbrábamos sentarnos en la cocina a parlotear, y mientras nuestras voces remontaban el ritmo del aire perezoso, hablábamos, especialmente, de la ciudad que yo iba pronto a conocer. Según Selma, no había en ella árboles ni flores. Había oído decir que la mayor parte de la gente de esa ciudad vivía bajo tierra o en el cielo y, por supuesto, sabía *que no existía allí "un buen comer", ni buenas habas, ni pequeñas habichuelas de ojos, ni jamones, ni hermosas salchichas, como teníamos nosotros en casa.* "Y hace frío", *decía.* "Sí, mi señor picarillo, váyase a aquel país frío, y cuando volvamos a vernos, tu nariz se te habrá caído de la cara, hecha un tolondrón de hielo."

Por aquel entonces, la señora Bobby Lee Kettle llevó a casa una linterna mágica con cristalillos de vistas de Nueva York, y desde aquel momento, Selma empezó a decir a las amistades que me acompañaría al Norte cuando yo me fuera. La pequeña ciudad, a poco, le parecía un sórdido agujero. En consecuencia, las tías le compraron un billete de ida y vuelta a Nueva York, con la idea de que partiese conmigo, diera unas vueltas por la ciudad y deshiciera luego lo andado. Y todo fué muy bien hasta el momento

en que llegamos a la estación, donde Selma empezó a llorar, a decir que de ningún modo podía irse, que se moriría tan lejos de casa.

Para un niño, la ciudad es un lugar sin alegría. Tuve después un invierno triste, por dentro y por fuera. Luego, cuando ya hemos andado algunos años y nos hemos enamorado, es la doble visión, compartida con la persona amada, lo que sustancia, conforma y significa la experiencia. Viajar solo es como atravesar un país desolado. Pero si se ama en cualquier sentido se puede, a veces, ver por sí mismo y por otros ojos. Algo de esto me ocurrió con Selma. Yo vi cada cosa dos veces: la primera nieve, los patinadores que giraban en el parque, las hermosas pieles de abrigo, el Giratorio de Coney Island, las máquinas automáticas de chiclet en el Metro, el mágico restaurante automático, las islas fluviales y el cabrilleo de la luz bajo los puentes al crepúsculo, los hombres que venían cada día a mi patio para cantar las mismas canciones roncas y sincopadas, los azules penachos ondeantes de una gran banda de música, la gran revista, el lugar fabuloso donde, después de la escuela, iba a robar lo que pillase... Yo lo observaba todo, escuchándolo, volviendo a las horas quietas de la cocina, para cuando Selma me dijese, como me dijo: "Háblame de todo aquello, pero cosas de verdad, no mentiras." Sin embargo, casi todo lo que le expliqué fueron mentiras; no era yo culpable de no poder recordar bien cuanto había visto, porque era como si hubiera estado en uno de los castillos encantados que visitan los personajes de los cuentos; una vez fuera de allí, ya no se recuerda; cuanto permanece en la memoria es el eco espectral de una maravilla sin tregua.

ISCHIA

¿A santo de qué fuimos a Ischia? Se hablaba mucho de ella, entre los amigos, pero pocos, según parecía, la habían visto realmente, o bien la habían visto sólo como una sombra azul en el agua, recortada, casi encallada en el día solar, desde lo alto de su famosa vecina, Capri. Alguien nos puso en guardia contra Ischia, aduciendo razones más o menos alarmantes: "¿Os dais cuenta de que es un volcán en activo?" "Y ¿no sabéis lo del avión?" *Un avión de vuelo regular, entre El Cairo y Roma, había ido a estrellarse sobre el pico de una montaña de Ischia; tres habían sido los supervivientes, pero nadie los vió vivos más, porque fueron rema-*

tados a pedradas por unos pastores, tentados de saquear los despojos del avión.

En consecuencia, vimos desaparecer con cierta aprensión las fachadas blanco-yeso de Nápoles. Hacía un día espléndido, acaso un poco fresco para marzo en Italia meridional, pero vívido y alegre como un aquilón, y el Princesa *iba abriendo la bahía igual que un delfín en vena de buen humor. El* Princesa *es un barquito bastante refinado, con una clientela más o menos* outrée: *condenados al penal de la isla de Prócida o, todo lo opuesto, jóvenes a punto de ingresar en el Monasterio de Ischia. Claro que hay también pasajeros menos dramáticos: isleños que se quedaron en Nápoles de compras, y algún extranjero, poquísimos, porque Capri los absorbe todos. Capri es la calamidad, el no va más de los turistas.*

Las islas napolitanas son como naves siempre ancladas, y poner el pie en una es como subir al puente de un buque; nos posee tal sensación de suspensión mágica, que nada feo o vulgar parece podernos ocurrir allí, y mientras el Princesa *iba frenando la marcha en la minúscula ensenada de Porto d'Ischia, la visión de los pálidos colores de helado que se impactaban en las casas del puerto se me antojaba tan familiar y benéfica como el latir del propio corazón. En la confusión precipitada del desembarco dejé caer al suelo, rompiéndolo, el reloj; un punto de simbolismo, quizá excesivo por demasiado evidente, me inclina ahora a decir que el pequeño lance significaba que Ischia no era lugar para un afanoso recorrido, sujeto a horarios. Realmente, las islas no lo son nunca.*

Creo poder afirmar que Porto es la capital de Ischia; en todo caso, es la ciudad más importante y frecuentada de la isla. La mayor parte de los visitantes de Ischia no suele alejarse de Porto, donde existen hoteles óptimos, playas excelentes y, encaramado a lo largo de la ciudad, como un neblí gigantesco, el castillo renacentista de Vittoria Colonna. Las otras tres pequeñas ciudades de cierta importancia son más rústicas: Lacco, Ameno, Casamicciola, y al otro lado, Forio. Nos decidimos por parar en esta última villa.

Fuimos a Forio en un crepúsculo verde, bajo un cielo de estrellas primerizas. Corría alta la carretera sobre el mar; allá abajo se movían las antorchas de las barcas de pesca como lucientes arañas acuáticas. Pequeños murciélagos se deshojaban raudos en el crepúsculo, confusas voces anochecidas decían "buenas noches, buenas noches" *a lo largo de la carretera, y los rebaños de cabras iban balando lentamente por las colinas, como flautas mohosas. El caballero y el coche cruzaron la pequeña plaza de una villa. No había*

electricidad en ella; en los cafés, la luz incierta de las mariposas y de las lámparas de petróleo ahumaba los gestos de grupos de hombres. Dos chicos nos fueron siguiendo por la oscuridad, hasta más allá de la villa, y terminaron por subirse, jadeando, a la trasera del coche, cuando iniciábamos la empinada salida. Próximos a la cumbre, el caballo volvió el belfo y dejó por el aire agudo un rastro de vapor. El cochero hizo sonar el látigo, el caballo hizo otro extraño, y los muchachos nos señalaron con el dedo: miren. Forio estaba allí, lejano, en un candor lunar, con el mar centelleante a su fondo y un nevado son de campanas vespertinas saltando como un tropel de pájaros. Molto bella! (3) *dijo el cochero.* Molto Bella!, *repitieron nuestros acompañantes.*

Cuando se relee un diario personal, son a menudo las notas menos ambiciosas, las observaciones casuales, las que dejan un profundo surco en la memoria. Ahora leo en el mío: "Gioconda ha dejado hoy en mi cuarto algunas cintas de papel rojo. ¿Será un regalo? ¿Quizá porque le he traído un frasco de agua de colonia? Las emplearé como señala-libros deliciosos." *He aquí lo reflejado en todo esto, con Gioconda en primer lugar. Es una bella muchacha, aunque su belleza dependa siempre de su humor. Cuando se siente abatida (cosa que ocurre con harta frecuencia) parece una cazuela de papilla fría; acaba de olvidar la grandeza de su cabello y la dulzura de sus ojos mediterráneos. El cielo sabe cuánto trabajo tiene, aquí, en la pensión de Forio, donde debe atender las habitaciones y servir la mesa. Se levanta antes de amanecer y muchas veces está en continuo movimiento hasta la medianoche. Realmente, tiene la suerte de desempeñar un trabajo, ya que la desocupación es el problema más grave de la isla; la mayor parte de las muchachas de Forio serían más que felices quitándole el puesto. Considerando que no hay agua corriente (con todas sus naturales consecuencias), Gioconda rinde unos servicios verdaderamente notables. Es ésta la mejor pensión de Forio, y las condiciones son ventajosas: disponemos de dos habitaciones enormes, con pequeños balconcillos de hierro al mar. El alimento es bueno, sin merma de su abundancia—cinco platos con vino para almuerzo y cena—; y todo comprendido, nos viene importando la cosa unos cien dólares al mes por cabeza. Gioconda no habla inglés y mi italiano es..., bueno.... vamos a no referirnos a él. Pero, sin embargo, intercambiamos muchas confidencias. Mediante gestos y el*

---

(3) Así en el original.

uso de un vocabulario bipersonal y bilingüe, conseguimos decirnos una extraordinaria cantidad de cosas, y es justamente por esto por lo que los dulces nunca nos salen bien. En los días nublados, cuando no hay otra cosa que hacer, nos sentamos en el patio-cocina a ensayar recetas de pastelería americana. ("Toll House, ¿qué es?"), *pero no llegamos a combinar nada bien por no andar lo bastante atentos al horno, ocupados como andamos en hojear el diccionario. Gioconda dice cosas así:*

—El año pasado, en el cuarto que tenéis ahora, estuvo un señor de Roma. Roma, ¿es de verdad tan bonita como él decía? Decía que yo tenía que ir a verlo allí y que nada malo podía ocurrirnos, porque él había vuelto de tres guerras: primera guerra mundial, segunda guerra mundial y Etiopía. Figúrese lo viejo que era. Nunca vi Roma. Pero tengo amigos que han estado y que me mandaron tarjetas. ¿Conoce usted a la mujer que trabaja en Correos? Desde luego, creerá usted en el gafismo, ¿verdad? Aquella mujer es una gafe tremenda, una cosa extraordinaria. Por culpa de ella no me llega nunca la carta de Argentina...

El hecho de no recibir esta carta de Argentina es el verdadero motivo de la infelicidad de Gioconda. ¿Un amante infiel? No tengo la más leve idea, porque nunca quiere hablarme de ello. Muchos jóvenes italianos emigran a Suramérica en busca de trabajo, y hay en este país esposas que han esperado cinco años a que los maridos pudiesen mandarles el dinero para la travesía. Cada día, en fin, cuando llego con el correo, Gioconda se abalanza a mi encuentro.

He asumido espontáneamente la tarea de ir a recoger el correo. Veo entonces, por primera vez en el curso de la jornada, a los otros americanos que viven en Forio (son cuatro actualmente), en el Café de María, en la plaza.

—Ya sabemos que María agua las bebidas—dice uno—. Pero ¿será justamente agua lo que emplea? Porque aquí no la hay. ¡Dios, estoy aterrado!

En el Café de María, bajo su tinglado de caña, he hallado el mejor sitio donde esperar al cartero. María es una desgraciada con cara de zíngara y un carácter cínico e indiferente; puede procuraros todo cuanto queráis, desde una casa hasta un simple paquete de pitillos americanos. Hay quien dice que es la persona más rica de Forio. Nunca he visto mujeres en su café: dudo que les permita entrar. Hacia el mediodía, todo Forio se vuelca en la plaza. Los escolares de sandalia y capita negra, parecidos a pequeños cuervos,

se agrupan y cantan por las callejuelas; batallones de holgazanes en activo ríen desagradablemente bajo los árboles, mientras bajan los ojos las mujeres que pasan a su lado. El cartero me entrega las cartas de nuestra pensión, y yo, entonces, debo emprender de nuevo el camino de la colina y afrontar a Gioconda. Me mira algunas veces como si la carta no llegase por culpa mía, como si fuese yo mismo el portador del gafe. Un día me aconsejó especialmente que no volviese con las manos vacías, y le llevé un frasquito de agua de colonia.

Pero las alegres cintas de papel rojo que encontré en mi cuarto luego no eran, como había imaginado, para recompensar mi regalo. Su objeto era que las echásemos a una imagen de la Virgen que, llegada hacía poco a la isla, venía en procesión a través de casi todas las villas y aldeas. El día en que debía llegar la Virgen, cada balcón estaba exornado con hermosos trabajos de blonda, y ropa blanca aún más hermosa. Si la familia no tenía nada mejor, sacaba a relucir al balcón una vieja manta. Festones de flores enguirnaldaban las calles congestionadas de gente; las viejas habían sacado sus chales más largos; los hombres se habían peinado los bigotes; al tonto del pueblo le habían hecho ponerse una camisa limpia. Y los niños, todos vestidos de blanco, lucían a la espalda unas angélicas alas de cartón y purpurina. La procesión debía entrar en Forio y pasar bajo nuestros balcones a eso de las cuatro. y, como nos rogó Gioconda, allí nos encontramos a su hora, dispuestos a lanzar las bellas cintas de papel y a gritar, según se nos había enseñado, "¡Viva la Virgen Inmaculada!" Pero había empezado a caer una fastidiosa llovizna; a las seis oscureció, sin que la procesión apareciese. Nosotros, sin embargo, esperamos impávidamente, como la compacta multitud que lo hacía abajo, en la calle. Un cura, de expresión autoritaria y negra sotana flotante, pasó en una ruidosa motocicleta, enviado para apresurar la llegada de la procesión. Era ya de noche, y a todo lo largo del camino por que debía pasar la comitiva religiosa se dibujó un vacilante sendero de luces y de petróleo. Al cabo, con cierta incongruencia, sonó el excitante tararí de una banda militar y, con un seco crepitar, se reavivó la larga fila de luces como para esperar la llegada de la Virgen; oscilante en una silla de manos adornada de flores, cubierto el rostro con un velo negro, venía ya calle arriba, cargada de relojes de oro y plata, y a su paso, en medio del súbito silencio que su presencia despertaba, se oía solamente el rumor fascinante, surrealista, de aquellas ofrendas: el tictac de los relojes. Luego, Gioconda se encresparía al descubrir que apretábamos aún en el

puño las cintas de papel rojo. En nuestra emoción, nos habíamos olvidado de echarlas.

"5 de abril. Un paseo largo, quizá peligroso. Hemos descubierto una nueva playa." *Ischia es pedregosa, una áspera isla que recuerda a Grecia o a la costa de Africa. Hay naranjos y limoneros por sus huertas, y por el monte, en plataformas alineadas, largas hileras de vides verdiplata; el vino de Ischia es muy apreciado; es aquí donde se hace el mejor Lacrima Christi. Al salir de Forio, pronto se pone el pie en cualquiera de los senderos que trepan en todas direcciones hacia las viñas, llenas de abejas y luciérnagas, que se achicharran sobre los retoños verdes. Los aldeanos son morenos y macizos, como vasijas de terracota, y sus ojos están hechos a escrutar el horizonte, igual que los de los marineros, ya que tienen siempre el mar a la vista. El sendero de la costa corre sobre rocas volcánicas cortadas a pico, y los escollos de allá abajo parecen dinosaurios aletargados; hay trozos en los que es mejor cerrar los ojos: sería una caída horrorosa. Un día encontramos una mata de adormidera entre las rocas, y otra algo más allá, y otra, aisladas entre la piedra oscura como campanillas chinas ensartadas a una cuerda tensa. Siguiendo las adormideras llegamos, por un sendero arriba, a una extraña playa escondida. Estaba encerrada entre escollos y roquedales, y el agua era tan clara allí, que se podían ver, por los fondos, el ondear de las algas y los inquietos movimientos de los peces. No lejos de su borde emergían rocas separadas y lisas como almadías a flote. Fuimos recorriéndolas en el baño. Echándonos luego al sol, estuvimos mirando bien el sitio, y vimos también las verdes hileras de vides allá arriba, y el monte encapuchado de nubes. El mar había cavado un auténtico asiento en una roca, y era estupendo meterse en él a dejarse cubrir por las olas.*

Pero no es nada difícil encontrar una playita desierta en Ischia. Conozco por lo menos tres, que nadie frecuenta. La playa de Forio está llena de redes y de barcas volcadas, con la quilla al aire. En esta playa fué donde vi por primera vez a la familia Mussolini. La viuda del dictador muerto vive aquí con tres de sus hijos, en una especie de tranquilo exilio voluntario. Hay en ellos algo triste y conmovedor. La hija es joven, rubia, coja, y, a lo que parece, algo mística. Pero los jóvenes que parlotean con ella por la playa ríen continuamente. No es difícil ver a la señora Mussolini que, semejante en todo a las mujeres de la isla, pobremente vestida de negro, se afana subiendo la cuesta, algo inclinada de un lado por el peso de la bolsa de la compra. Su rostro casi carece de expresión, pero

una vez la vi sonreír. Pasaba por Forio un hombre con un papagayo, que adivinaba el porvenir sacando papelillos de una bola de cristal, y la señora Mussolini se detuvo a consultarlo y leyó su futuro, mientras sobre los labios se le pintaba una sonrisa apenas insinuada, leonardesca.

"5 de junio. La tarde es una medianoche blanca." *Ahora que ha llegado en serio el calor, las tardes son como una medianoche blanca. Los postigos están cerrados, y el sueño camina a largos pasos por todas las calles. A las cinco, los comercios volverán a abrir, una multitud se reunirá en el puerto para dar la bienvenida al* Princesa, *y algo más tarde iremos todos a pasear por la plaza, donde alguien hará sonar un banjo, una armónica, quizá una guitarra. Pero ahora es el momento de la* siesta (4), *y ronda solamente, por el terso cielo azul, el canto de un gallo.*

Hay dos idiotas en el pueblo, y son amigos. Uno lleva siempre en la mano un manojo de flores, y cuando encuentra a su amigo lo divide en dos para ofrecerle. Solamente ellos transitan la villa desierta, en las tardes silenciosas y soleadas. Cogidos de la mano, apretando en el puño sus flores, atraviesan la plaza hasta el muelle de piedra que se adelanta en el mar, y desde mi balcón los he visto allí, entre las redes y la ligera oscilación de las barcas, con las rapadas cabezas reluciendo al sol y los ojos incoloros como el aire. La medianoche blanca está hecha para ellos; en esas horas, son ellos los únicos amos de la isla.

Hemos seguido, paso a paso, la primavera. En cuatro meses, desde que llegamos a Ischia, las noches se han vuelto calurosas, más tranquilo el mar; su agua verde, todavía invernal, de marzo, se ha transformado en la azul de junio, y las vides, entonces grises y desnudas bajo sus torcidos rodrigones, se cubren con los primeros racimos. Aparecen por ellas enjambres de mariposas recién nacidas, y sobre el monte nacen muchas dulcísimas cosas para las abejas; en el jardín, después de un aguacero, se puede oír, sí, apenas perceptible, el abrirse de las nuevas yemas. Nos levantamos antes—signo de verano—y a la noche tardeamos hasta las tantas, otra clara señal. Es difícil encerrarse en casa con semejantes noches, en que la luna baja más cerca de la tierra y guiña asombrosamente sobre el agua; a lo largo del muro de la iglesia de los pescadores, adelantada sobre el mar como la proa de un buque,

---

(4) Así en el original.

pasean las jóvenes parejas arriba y abajo; luego atraviesan la placita para refugiarse en cualquier rincón. Gioconda dice que ha sido ésta la más larga primavera que recuerda. La más larga y la más bella.

ESPAÑA

El tren era viejo, ciertamente. Pendían sus asientos como el hocico de un bulldog, faltaban los cristales en las ventanillas y los que había se hallaban apuntalados con tiras de esparadrapo; por el pasillo, un gato cazador parecía andar a la busca de ratones, y no era absurdo pensar que sus pesquisas fueran coronadas con el éxito.

Lentamente, como si la locomotora fuese arrastrada por viejos coolíes, nos escurrimos de Granada. El cielo del Sur aparecía blanco y ardoroso como un desierto, sólo con el oasis viajero de una nube.

Ibamos a Algeciras, un puerto español frente a las costas de Africa. En nuestro compartimiento viajaba un australiano de edad mediana, traje sucio, dientes color tabaco y uñas no muy conformes, realmente, con los preceptos de la higiene. Contó de pronto que era un médico de la marina mercante y parecía raro encontrar allí, por las áridas y desoladas llanuras de España, a alguien relacionado con el mar. Sentadas frente a él aparecían dos mujeres, madre e hija. La madre era una mujer mal vestida, de faldas polvorosas, de ojos graves y cargados de reproche, y una sombra de bigote. Los objetos de su desaprobación eran múltiples; primero me miró ásperamente por haberme tomado la libertad de echarme—con lo que me libraba de las oleadas de calor que venían de las ventanillas—lo que ella juzgó, acaso justamente, poco cortés. Cayó luego en su antipatía el soldado joven que se sentaba también en nuestro compartimiento. El soldado y la hija de la mujer, muchacha no demasiado recatada, una joven grandullona con irregulares rasgos de boxeador, parecían haberse puesto de acuerdo para galantear un poco. Alguna que otra vez, el gato vagabundo aparecía por la puerta y la hija parecía asustarse, procediendo el soldado, gentilmente, a hacer huir al gato al pasillo. Pero el tal jueguecito proporcionaba a la pareja frecuentes ocasiones de tocarse.

El soldadito era uno de los muchos que se encontraban en aquel tren, esgrimiendo sus gorros, fumando pitillos negros de papel dulce y riéndose a carcajadas limpias. Parecían divertirse, lo que,

por lo visto, era una falta por su parte, ya que cuantas veces se les unía algún oficial extendían la vista por el paisaje, como fascinados por la visión de las cuestas de roca rojiza, de las distancias de olivos y de las ásperas montañas de piedra. Sus oficiales aparecían como vestidos para revista, con muchas cintas y galones; algunos lucían, por bajo del costado, sables relucientes e inverosímiles. No se mezclaban a los soldados, sino que permanecían juntos en primera clase, con un aire fastidiado de actores sin trabajo. Creo que les suponía una bendición cualquier cosa que les proporcionara la ocasión de hacer tintinear sus sables.

El compartimiento contiguo al nuestro estaba ocupado en su totalidad por una sola familia; un hombre delicado, enjuto, de una elegancia excepcional, con una cinta negra cosida a la manga, y seis muchachas delgaditas, floreales, sus hijas, posiblemente. Eran bellísimos padre e hijas, todos ellos y en igual medida: cabellos de reflejos profundos, labios rojos y ojos como frutas. Los soldados echaban una ojeada al compartimiento y desviaban rápidamente la vista, tal si la hubiese herido el sol.

Cuando el tren se detenía, las dos chicas más jóvenes bajaban del vagón y paseábanse lentamente, resguardándose del sol con sus sombrillas. Tenían el gusto de hacerlo con frecuencia, ya que nuestro viaje estaba compuesto principalmente de paradas. Y nadie, aparte de mí, me parecía enojado por ello. Muchos pasajeros, por lo que vi, tenían amigos en las estaciones, amigos con que sentarse alrededor de alguna fuente y con los que charlar no sin largueza ni calma. Una señora de edad fué saludada por diversos grupos en una docena de pueblecitos, y entre encuentro y encuentro lloraba con tanto abandono, que el médico australiano acabó alarmándose. "Oh, no—*dijo ella*—. Usted no puede evitarlo... ¡Volver a ver a todos mis parientes me hace tan feliz!..."

En algunas paradas, bandos de mujeres descalzas y de niños semidesnudos corrían largamente junto al tren con grandes jarras de barro, gritando "¡Agua, agua!", *con voz ronca. Por dos pesetas se podía comprar un canasto entero de suculentos higos oscuros, y veíanse también ringleros de extraños dulces de pasta de almendra, recubiertos de blanca azúcar, como para ser comidos por niños vestidos de primera comunión. A mediodía, después de habernos provisto de una botella de vino, un panecillo, embutidos y queso, nos dispusimos a comer. También tenían ya hambre nuestros compañeros de viaje. Aparecieron paquetes de comida, fueron destapadas botellas de vino y agua, y a poco reinó una agradable, casi cordial atmósfera de fiesta. El soldado dividió una granada con*

la chica, el australiano contó una historieta divertida, y la madre, la madre de los ojos de bruja, extrajo del medio de su pecho un pescado envuelto en un papel y lo devoró con tétrica delectación.

Y después cayó el sueño sobre todos. El médico se durmió con la boca abierta, tan profundamente, que una mosca pudo vagar largo tiempo, sin ser molestada, por su cara. Todo el tren sufrió una especie de narcosis; en el compartimiento vecino, las bellas jóvenes reclinaron blandamente las seis cabezas, como seis geráneos cansados. Hasta el gato, cansado ya de buscar presa, dormía tendido en el pasillo. Al salir de un pueblo, atravesó el tren un altiplano de rubios trigos desiguales, enfilando luego los muros graníticos de unas hondas gargantas donde el viento, bajando de los montes, soplaba sobre raros árboles espinosos. De pronto, más allá de un claro entre los árboles, tuve una visión muy deseada: la de un castillo sobre una colina, posado allí como una corona.

Era un paisaje de bandoleros. A principios de aquel verano, un joven inglés que conozco (o, mejor dicho, del que me han hablado) estaba atravesando en coche esta parte de España cuando, en el desierto declive de un monte, su automóvil se vió rodeado por foscos malhechores que le bajaron, le ataron a un árbol y le hicieron cosquillas en la garganta con la hoja de un cuchillo. Pensaba en el lance tremendo cuando, sin previo aviso, un crepitar de disparos rompió el silencio soñoliento.

Se trataba de un fusil ametrallador. Los proyectiles llovían contra las arboledas con un rumor de timbales y el tren, crujiendo lamentablemente, terminó por detenerse. Por unos momentos no se oyó más que el áspero toser de la metralla. Después... "¡Bandidos!", dije en voz alta y terrible. "¡Bandidos!", gritó la hija. "¡Bandidos!", hizo eco la madre. Y la atroz palabra corrió a todo lo largo del tren como un mensaje batido en un tam-tam. Inmediatamente nos dejamos caer al suelo, piernas y brazos en un solo ovillo (no es una frase). La madre, mientras tanto, demostró tener la cabeza en su sitio; en pie y bien erguida, comenzó a esconder sistemáticamente sus tesoros. Se metió un anillo en el moño de la cabeza y, sin rubor, se alzó las faldas, dejando caer por sus calzones largos, de los de a media pierna, un peinecillo adornado con algunas perlas. Como gresca de pájaros en el alba, los leves piídos de angustia de las graciosas niñas nos llegaban del compartimiento vecino. En el pasillo, los oficiales corrían de aquí para allá, ladrando órdenes y procurando quitarse de en medio.

Al cabo, reinó el silencio y, fuera, como un susurro de voces. Mientras el peso del doctor australiano, que tenía volcado encima,

empezaba a resultarme excesivo, la puerta de nuestro compartimento se abrió de par en par y apareció un joven. No tenía aspecto lo bastante inteligente como para tratarse de un bandido.

—¿Hay un médico en el tren?—preguntó sonriendo (5).

El australiano, libertando a mi estómago de la presión de su codo, se levantó, apoyándose en los brazos de los asientos.

—Yo soy médico—anunció mientras se sacudía el polvo de la espalda—. ¿Hay algún herido?

—Sí, señor. Un viejo. Se ha herido en la cabeza—respondió el español, que no era un bandido, sino—¡ay de mí!—un simple viajero.

Sentados de nuevo en nuestras plazas, escuchamos lo que había ocurrido. Al parecer, y en el curso de las últimas horas, un viejo había estado viajando a horcajadas en los topes del último coche. Ahora mismo "acababa de perder el billete", y un soldado que lo había visto caer, se había puesto a disparar su fusil para indicar al maquinista que debía detenerse.

Mi esperanza es que nadie recordara quién había nombrado a los bandidos. Nadie parecía acordarse. Después de haberse hecho entregar una de mis camisas limpias, que iba a usar a guisa de vendaje, el doctor fué a ocuparse con su paciente, y la madre, volviendo el espinazo con ácido pudor, recuperó su peinecillo de perlas. La hija y el soldado también estuvieron juntos cuando descendimos del vagón, y se pusieron a pasear bajo los árboles, donde muchos viajeros se habían agrupado a comentar el incidente. Aparecieron dos soldados transportando al viejo. Mi camisa le envolvía la cabeza. Lo instalaron bajo un árbol y todas las mujeres se atropellaron a su alrededor, compitiendo en prestarle sus rosarios; alguien aportó una botella de vino, lo que, seguramente, le agradó más. Y todos los chiquillos del tren rodearon el grupo riendo, cogidos de las manos.

Nos encontrábamos en un bosquecito que olía a naranjas. Un sendero conducía a una altura, y a toda la sombra de ella se derramaba un valle, donde ondeantes extensiones de hierba dorada y morena se recorrían de largos escalofríos con el aire, como si temblase la tierra. Contemplando este valle, y los juegos de la luz y la sombra por las colinas fronterizas, las seis hermanas, escoltadas por su elegante padre, se habían sentado, con sus sombrillas abiertas y altas sobre la cabeza, como invitadas a una fiesta campestre. Los soldados giraban a su alrededor, con expresión vaga-

---

(5) Así en el original.

mente ambiciosa, pero sin atreverse a acercarse. Un tipo descarado e impertinente, desde el borde de una colina y con acento burlón, gritó: "¡Te quiero mucho!" (6). *Se repitieron las palabras, con la vacía sonoridad del eco rodando por las laderas, y las ruborizadas hermanitas miraron con redoblada atención hacia el punto opuesto del valle.*

Una nube, taciturna como las colinas rocosas, se espesaba por el cielo, y las hierbas se agitaban como el mar antes de una tormenta. Alguien dijo que iba a llover. Pero nadie quiso moverse a excepción del herido, que estaba a punto de terminar una segunda botella de vino, y los niños, que, habiendo descubierto la intensidad del eco, continuaban haciendo cantar todo el valle. Era una suerte de fiesta bucólica, y todos habíamos abandonado el tren como si ninguno desease ser el primero en volver a usarlo. El viejo, con mi camisa enrollada en la cabeza a modo de grandioso turbante, fué instalado, por fin, en un coche de primera clase y muchas bien voluntarias señoras quedaron atendiéndolo.

En nuestro compartimiento, la oscura y polvorienta madre estaba sentada exactamente tal y como la habíamos dejado. Ella no había creído oportuno tomar parte en la fiesta. Y me lanzó una ojeada larga, centelleante.

—Bandidos...—dijo con áspera energía inútil.

Marchaba el tren tan suavemente, que por las ventanillas entraban y salían a su gusto las mariposas.

(Versión al castellano de Fernando Quiñones.)

---

(6) Así en el original.